

## “ASISTENTE PARA TODOS LOS SERVICIOS”

Mi papel en el banco se convirtió cada vez más en “asistente para todos los servicios”. Thiel y Hartmann estaban, por regla general, ocupados si se trataba de realizar tareas problemáticas, especialmente fuera de la ciudad; Gundlach y los empleados locales eran buenos bancarios y solo querían cumplir este tipo de tareas. Así se dio que todas las cuestiones que no eran rutinarias me tocaban a mí y yo no tenía nada en contra, pues prefería tareas diversas que dormirme en alguna rutina. Sin embargo, no me gustaba que mi disponibilidad para hacerlo se diera como algo sobreentendido y me propuse, si se presentaba la oportunidad, pasar la factura correspondiente.

Varios meses después de mi regreso de Manizales, uno de los clientes de Medellín, Sixto Mejía, quebró y nos quedó debiendo de veinte mil a veinticinco mil pesos, en aquel entonces un monto de dinero considerable. El hombre había sido tratante de ganado y carnicero. Debido a su afición al juego, en especial apuestas en peleas de gallos, había perdido casi toda su fortuna. Aparte de eso era honesto y, cuando vio que no podía pagar, transfirió al banco todo lo que aún tenía: una vivienda pequeña pero bien ubicada en la ciudad, un campo de caña de azúcar cerca del pueblo Itagüí y una hacienda con ganado, llamada La Azulita, apta para trescientas a cuatrocientas cabezas, ubicada en cercanías del pueblo Valparaíso, en el valle del Cauca.

Las tres propiedades me fueron confiadas por la dirección para su administración. En vista de la gran escasez de dinero en general, no se podía ni pensar en la venta. El monto en cuestión era, para las condiciones del banco —aún pequeño—, bastante elevado, y por eso había que tratar en lo posible de administrar de forma adecuada los bienes tomados como pago. La casa en la ciudad pudo ser dada en alquiler fácil y de forma favorable. La caña de azúcar aún estaba verde, como pude constatar en una visita. Puse un administrador para evitar robos. Más difícil de solucionar era el tema de la hacienda, que estaba ubicada a un día y medio de Medellín, no tenía ganado y aparentemente se hallaba en estado de abandono. Aquí me vino bien mi amistad con los grandes criadores de ganado. Uno de ellos, Luis M. Escobar O., dueño de la hacienda La Argentina y miembro suplente de nuestro Consejo de Supervisión, me ayudó

con sus consejos de tal forma que lentamente logré poner en buenas condiciones a La Azulita, adquirir una cantidad de reses adecuada y vender la finca de manera ventajosa al cabo de dos años. Cuando la tuve que entregar al nuevo dueño, los campos de pastoreo con el pasto alto y fresco parecían campos de trigo bien cuidados.

Los dos años que estuve ocupado con la administración de La Azulita, no solo me proporcionaron un respiro bienvenido de mi trabajo, sino también muchas impresiones nuevas. Me familiaricé bastante con la vida de la población campestre de Antioquia.



Residencia de Luis M. Escobar O. en la hacienda La Argentina

La mayoría de los dueños de hacienda, entre ellos mi amigo especial, Luis M. Escobar O., pasaba una semana, todos los meses, en sus propiedades. Partían el jueves a la mañana, es decir, el día después del mercado ganadero de Medellín, y regresaban el martes a la noche, es decir, en la víspera del mercado ganadero. Siguiendo la invitación de Escobar, lo acompañaba con regularidad y siempre recibí una buena cabalgadura a disposición por parte de él. El primer día de cabalgata nos llevaba habitualmente a su hacienda La Argentina, donde pasábamos la noche. A la mañana siguiente seguíamos viaje y se cubría la distancia hasta La Azulita por lo general en tres horas. Allí me quedaba tres días. En la pequeñísima casa de La Azulita no había posibilidad de pasar la noche y por esto don Luis Escobar le pidió permiso a

un pariente, Manuel Chavarriaga, que poseía una de las haciendas vecinas, para que yo pudiera dormir allí. También recibía aquí mis comidas, que me hicieron recordar los tiempos en lo de Pehlke, en La Aurora. Nunca vi en esta hacienda vecina a alguien más que a un matrimonio ya bastante viejo, encargado del lugar. Esta gente era muy silenciosa, por la soledad, y solo intercambiábamos las palabras necesarias. Después de la cena me sentaba afuera con un cigarro y me sumergía en la contemplación del hermoso paisaje. La casa estaba sobre una loma y la suave brisa, que soplabla de manera permanente, ahuyentaba a los mosquitos. Frente a mí se levantaban dos montañas rocosas, de forma cónica, con agudas cimas, a cuyos pies estaba ubicada La Azulita. Se llamaban Los Farallones. Varias hermosas noches de luna llena que pasé sentado allí arriba, siguen presentes en mi recuerdo.

Algunas veces también dormía donde otro vecino, Pedro Julio Cadavid, en la hacienda La Selva, que administraba por cuenta del dueño Salvador Abade. Cadavid vivía allí con su mujer, que mantenía su casa muy limpia y también nos daba una buena alimentación. Cadavid se mostró largo tiempo como un vecino servicial y agradable, hasta que un día tuve una discusión muy desagradable con él, que era un hombre de sangre caliente; una pelea que se convirtió en sumamente áspera por ciertos reclamos que planteó con respecto al agua de un arroyo que nacía en La Azulita. A pesar de que su reclamo tenía poca base, me denunció ante el juez en Valparaíso. Pero antes de que se llegara a un proceso, le comuniqué a través de un conocido en común, que actuaba de modo poco inteligente si convertía al banco en su enemigo. Sería mucho más astuto si él, que estaba en buenas condiciones financieras, simplemente comprara La Azulita, de esta manera mataría dos pájaros de un solo tiro: él tendría su derecho de agua y además una hermosa ampliación de su hacienda. Además tendría el banco de amigo y no como ahora, de enemigo. Entendió esto y compró La Azulita. El asunto, que había empezado tan mal, terminó con un 'final feliz'. El respeto que el Consejo de Supervisión de Medellín recibía, en este caso especialmente el doctor Carlos E. Restrepo, coadyuvó a la solución.

Mi relación con Salvador Abade resultó en una reconciliación entre él y M. M. Escobar O., debido a que hace años tenían una demanda que Escobar había ganado. Antes habían sido buenos amigos y ahora volvían a serlo.

Después de mi regreso de La Azulita a La Argentina se hacían habitualmente visitas en las haciendas que eran de interés para el banco, por tener créditos. Debido a eso, yo estaba informado en detalle sobre la clientela del banco. También conocí, con el tiempo, cada camino y cada sendero de la región.



Carlos E. Restrepo en la galería de su casa de campo

Las veladas vividas en La Argentina o en otras propiedades eran con frecuencia muy entretenidas. Luis Escobar era muy apreciado, y en los días que pasaba en la hacienda venían visitantes de todas partes. Entre los más notables estaban el doctor Carlos E. Restrepo, que había sido entre 1910 y 1914 presidente de Colombia, y el doctor Juan Pablo Gómez Ochoa, que había sido ministro de Asuntos Exteriores bajo la presidencia de Restrepo. Ambos tenían propiedades en el vecindario. Restrepo era el tipo del profesor muy erudito pero poco hábil en todos los asuntos prácticos. Durante su presidencia se había ganado el respeto por su honestidad personal. Tenía pocos bienes, y sin la ayuda eficaz de sus amigos, que administraban para él sus negocios, también habría perdido quizás lo poco que tenía. En la conversación era muy

ameno y hablaba y escribía un excelente español. Siempre estaba dispuesto a ayudarme en mis esfuerzos de mejorar mis conocimientos de la lengua española. No dominaba ningún idioma extranjero. Pertenecía al Consejo de Supervisión de nuestro banco, pero era un miembro más bien decorativo, que activo.



Hans Sitarz en la hacienda de Carlos E. Restrepo

Un hombre interesante, al cual le tenía que agradecer unas cuantas muestras de amistad, era el doctor Juan Pablo Gómez Ochoa. Era muy pudiente y poseía, entre otras cosas, una hacienda grande de ganado cerca de Valparaíso, ubicada no lejos de La Azulita. Era de aspecto feo, pues la viruela lo había desfigurado en su juventud, pero muy inteligente y de carácter impecable. Le era muy fiel al doctor Restrepo, a pesar de que en mi opinión era superior a él en muchos aspectos. Había viajado mucho, especialmente a Europa, y también era muy culto. Además era un buen médico, aunque la administración de su fortuna no le dejaba tiempo para ejercer esa profesión.

Otros visitantes que ocasionalmente se presentaban en La Argentina eran el muy caballeroso Pedro Vásquez U.; los hermanos ricos, pero avaros, Carlos y Luciano Santamaría, así como Luciano Arias F., un hombre que se había encumbrado con esfuerzo propio por sobre condiciones humildes hasta acumular una fortuna considerable, era muy honorable y confiable, pero se distinguía por un conocimiento amplísimo de todas las malas palabras de la lengua española. Las conversaciones resultaban tan amenas que pocas veces nos íbamos a dormir antes de las once de la noche, una hora muy avanzada para lo que se acostumbraba. A menudo la charla giraba alrededor de la literatura y recuerdo que una vez tuve que recitar *El canto de la campana*,

de Schiller; por suerte, ninguno de los presentes entendía alemán, aunque el doctor C. E. Restrepo opinó que sonaba bien. Además, estar sentado en la galería sobreelevada era muy agradable. Una leve brisa ahuyentaba a los mosquitos, y aparte de la conversación no se oía otro ruido que el murmurar del cercano río Poblano y la ocasional voz de un animal. Con gusto recuerdo los momentos pasados en este círculo. Mis conocimientos específicos en el negocio ganadero también habían mejorado con el paso del tiempo, por lo que finalmente era considerado como experto y a veces se me pedía una opinión. Me podía adjudicar el mérito de que por muchos años el banco tuvo un monopolio indiscutido en la financiación de la cría de ganado en Antioquia. Después de haber recorrido durante años, periódicamente, las fincas de ganado, se me murió en uno de los viajes la mula del doctor C. E. Restrepo, su mula personal, que me había prestado reiteradas veces.

Mientras tanto, el campo de caña de azúcar que había pertenecido a Sixto Mejía lo pude vender de forma ventajosa. Antes de esto, había convertido una cosecha en azúcar. Con este fin había cerrado contrato con un pequeño molino, que hizo cortar la caña y me compró el azúcar producido. La gente era honesta y obtuvimos un buen precio. Me dio pena tener que vender el campo. También para la casa se había hallado un comprador, de tal manera que todo este asunto tuvo un final satisfactorio.

De todas estas actividades, que en realidad no se podían considerar como sobreentendidas en un empleado bancario, como ya lo he mencionado, no encontré en Thiel y Hartmann el menor vestigio de reconocimiento. Muy distinto se comportó el Consejo de Supervisión, que me brindaba una confianza cada vez mayor y me ayudaba solícito en el desempeño de mis tareas fuera de lo común. El Consejo también notó que los señores Thiel y Hartmann siempre estaban ocupados cuando se trataba del despacho de un asunto desagradable, pero si se trataba solo de acompañar un envío de dinero a Barranquilla o Bogotá, lo que se asemejaba a un viaje de placer sin problemas, entonces uno de los dos estaba siempre disponible.

En realidad, el movimiento comercial general había disminuido en los últimos dos años de la guerra, tanto, que cada uno de nosotros se podía ausentar sin problemas. En aquel entonces había aún muchos festivales en Medellín. Cerca de fin de año era costumbre que —por lo menos desde el 20 de diciembre— todos los negocios cerraran. El que podía darse el gusto pasaba los días, hasta el comienzo del nuevo año, en el campo. Yo mismo usaba estos feriados en más cabalgatas por los alrededores de Medellín y adquirí con el transcurso del tiempo un conocimiento exacto de todo el departamento. No había, entonces, muchos pueblos en Antioquia que aún no hubiera visitado. Siempre se me agregaban uno o más acompañantes. Casi en todos los pueblos

era recibido amablemente, aunque el alojamiento dejaba mucho que desear. Si se encontraba a conocidos, incluso a aquellos de los cuales uno solo sabía el nombre, se experimentaba a menudo la más amplia hospitalidad. Por ejemplo, pasamos la noche en Santa Rosa, en Nochebuena, al estilo campamento, en lo del sacerdote local.

En un viaje que hice con un joven alemán, Otto Barth, en diciembre de 1917, nos habíamos propuesto visitar la mina de oro La Constancia, en Anorí, y conseguimos una carta de recomendación para el ingeniero encargado de la dirección. Habíamos desmontado en la posada en Anorí y salimos sin las alforjas a visitar la mina, pensando hacerle una corta visita. Preguntamos por el ingeniero encargado, doctor Bernardo Álvarez, pero fuimos recibidos en su lugar, debido a que estaba en la mina, por su mujer, quien nos contó que ella y su esposo ya se habían enterado por telégrafo de nuestro viaje programado y por lo tanto nos esperaban. Estaban muy contentos de recibir visita en esta región tan apartada y esperaban que nos quedáramos con ellos algunos días y, por supuesto, quedarnos con ellos en su casa. Su marido mandaría enseguida a un muchacho al pueblo para buscar las alforjas en la posada. La invitación fue tan amable y la casa tan agradable y limpia en comparación con la posada, que no tardamos en dejarnos convencer, y pronto aceptamos agradecidos. Lamentablemente, el tiempo del que disponíamos no nos permitía quedarnos más que hasta la mañana del segundo día. Bernardo Álvarez y su mujer eran aún jóvenes, ambos de unos veinte años. Los dos provenían de buenas familias de Medellín y ya habían estado en el extranjero. La mujer era de apellido de soltera Santamaría. Tenían dos pequeñas niñas.

A la mañana siguiente de nuestra llegada el ingeniero nos equipó con un viejo traje suyo y nos llevó con él a la mina, que era bastante grande. En lugar de nuestros zapatos debimos ponernos alpargatas (sandalias de paja) y arremangarnos los pantalones hasta por encima de las rodillas, porque diversas galerías, por las cuales debíamos pasar, estaban bajo agua. Barth hizo una serie de fotos bajo tierra.

Como ya lo sabíamos y Álvarez nos lo había confirmado, la mina de oro no era una empresa rentable. El mineral era pobre en oro y los gastos eran extremadamente altos, porque el transporte permanente de materiales de producción, en especial de los martinets para apisonar, que se gastaban rápido, era muy costoso por los caminos montañosos complicados y largos. Además de la visita a la mina, hicimos algunos paseos por los alrededores, en los cuales la señora Álvarez también participaba.



Mina de oro La Constancia



Hans Sitarz en el volquete

En la mañana de nuestra partida se nos sirvió el desayuno, especialmente abundante, con la advertencia de que tendríamos una larga jornada de viaje por caminos difíciles y a través de un territorio casi despoblado. Con sinceras expresiones de agradecimiento nos separamos de tan amables anfitriones. Barth y yo comentamos largamente en el camino la agradable forma como habían organizado su vida en esta área remota y en medio de una población de nivel relativamente bajo. Unos veinte años más tarde, Bernardo Álvarez falleció en un accidente de tránsito en los Estados Unidos.



Hans Sitarz junto al puente La Pintada

En otros viajes nos alojábamos con frecuencia en haciendas que pertenecían a otro de nuestros conocidos. En tales casos nos hacíamos anunciar antes o llevábamos cartas a los administradores. Una vez se dio que en el viaje de Jericó a Fredonia fuimos sorprendidos por el atardecer, poco antes de llegar al puente sobre el río Cauca, en La Pintada. La próxima posada, en el pueblo de Fredonia, estaba a cuatro horas de distancia, y Thiel, que también estaba con nosotros, ya se sentía muy cansado. Por lo tanto, preguntamos en la cercanía de la hacienda La Botero dónde podríamos pasar la noche y recibimos el consejo de quedarnos enseguida en la hacienda. Nos aproximamos a la casa de aspecto muy imponente y repetimos ahí nuestra pregunta por una posada. El administrador fue llamado, y después de mirarnos nos invitó a

desmontar y pasar la noche en el lugar. Más tarde nos contó que tenía orden de los dueños, los hermanos Carlos y Ricardo Botero, de conceder a viajeros de aspecto confiable albergue y comida, teniendo en cuenta el hecho de que no había ninguna posada cerca en los alrededores. No se permitía aceptar pago alguno. Pasamos una noche muy agradable en la hermosa casa, la cual poseía una gran plantación de árboles frutales.



Plaza de mercado en Fredonia

Vivencias de este tipo, como también las relaciones privadas y comerciales, por lo general gratas, que mantenía con la población local, tuvieron como consecuencia que experimentara una gran preferencia por la región y la gente del departamento de Antioquia, me sentía allí tan bien y contento como nunca en mi vida. Tampoco era el único extranjero al cual le sucedía eso. En general predominaba la opinión en la colonia extranjera de que la población de Antioquia, a pesar de ser muy competente en los negocios y cuidadosa de sus intereses, se distinguía marcadamente del resto de la población colombiana por su confiabilidad, su amor al trabajo y su inteligencia, así como en general por sus buenas costumbres. De ninguna manera

me sentía ofendido si alguien me decía ocasionalmente, en broma, que yo, especialmente por mi pronunciación del español, me había convertido en todo un antioqueño.



Calle en un pueblo antioqueño

Todavía vivía modestamente. Había varios extranjeros en Colombia, europeos y norteamericanos, a los cuales no les agradaba la comida. Nunca pertenecí a ese grupo. Incluso en los tiempos cuando me tenía que conformar con la dieta más simple, como por ejemplo durante mi estadía en la hacienda de Ernst Pehlke y en el transcurso de mis frecuentes viajes a través del territorio, cuando debía alojarme con frecuencia en modestísimas posadas, siempre encontré la comida muy aceptable, con la condición de que el entorno fuera limpio.

Había solo un condimento en Colombia al que nunca me pude acostumbrar, y era el cilantro. No sé qué era, si una hoja, una flor o una raíz. Pero en todo

caso me caía mal. El sabor era para mí como si estuviera mordiendo una vela de estearina.

En el hotel Europa me sentía muy bien atendido. Para socializar el Club Unión todavía me satisfacía. Bajo ninguna circunstancia habría estado voluntariamente dispuesto a regresar a las estrechas condiciones de Stettin o de Hamburgo. Mis conocidos en la colonia alemana que tenían aproximadamente mi edad, Gundlach, Prüfert, Barth y Stapf, sentían lo mismo.

Un día apareció Hermann Gebhard en Medellín. También él le había dado la espalda a la empresa Pehlke, después de años de duro trabajo. Describió las condiciones en la hacienda como muy penosas. Los empleados estaban disconformes. El matrimonio Kruse tenía dos hijos, creo que eran niñas. Aparte de eso, su convivencia matrimonial tampoco era muy satisfactoria. La mujer le reprochaba constantemente a su marido, que no había logrado imponerle a Pehlke sus así llamadas pretensiones; con toda razón se sentía estafada. Por otro lado, su marido tampoco tenía medio legal alguno para imponer sus exigencias, siempre había confiado en la palabra de Pehlke. En un principio trabajó en el hotel de su hermano. Luego se hizo cargo de la administración de una hacienda de café, que estaba muy arruinada y pertenecía a un alemán, Karl Bimberg, que se hallaba en dificultades financieras debido a malos negocios. Gebhard administró la hacienda La Hermosa en nombre de los acreedores. Estaba ubicada cerca del pueblo Angelópolis, a varias horas de cabalgata de la estación de ferrocarril de Caldas. Algunas veces visité a Gebhard durante el fin de semana. Para alcanzar el tren de las seis, que iba de Caldas a Medellín, debía salir entre las dos y las tres de la mañana de la hacienda. Con luna llena y cielo estrellado, la cabalgata era hermosa.

Lamentablemente tuve que constatar que mi amigo Hermann Gebhard ya no era el mismo que yo había conocido. Nuestra relación de amistad se mantenía igual, pero su carácter había sufrido por lo vivido en lo de Pehlke. Él, que había sido una persona confiable, un trabajador sin descanso, se había vuelto descuidado, después de haber sido estafado por aquél. Gebhard permaneció descuidado y sin rumbo por el resto de su vida.

Finalmente, a fines de 1918, terminó la guerra y pudimos reanudar las relaciones privadas y comerciales con el extranjero. Mi madre y mis hermanos en Stettin habían sobrevivido a la guerra, aunque con grandes privaciones, pero sin sufrir mayores daños. ¡De todos modos no tenían nada que perder! Los pagos mensuales dispuestos por mí también se hicieron durante la guerra. Ahora podía ayudarles con algunos envíos adicionales de comestibles y dinero. Con mucho gusto habría visitado a mi familia de nuevo, pero ese deseo lo tuve que postergar por el momento. En primer

lugar, Thiel y Hartmann querían hacer sus viajes a Europa y después de algunas discusiones este último se impuso y se fue primero.



La madre de Sitarz

También volví a tener noticias de mi hermano Franz en Guatemala, aunque eran solo cartas quejándose. Según lo que podía extraer de ellas, no le iba nada mal y había podido hacer algunos ahorros respetables. A pesar de eso, afirmaba que se sentía mortalmente desdichado. Seguía pidiéndome que le consiguiera un puesto en Colombia e incluso amenazó con suicidarse en caso de no poder irse del odiado entorno. Le prometí tener en cuenta su deseo y también me preocupé de buscar un puesto para él, pero en ese momento no pude encontrar nada adecuado. En esos días ni siquiera yo sabía si podía esperar de mi puesto de trabajo una evolución favorable para el futuro, o si sería mejor buscar algo distinto.

El tipo de trabajo y la vida en Medellín me seguían satisfaciendo. Por otra parte, aún no ganaba más de ciento cincuenta pesos al mes, a pesar de que ya estaba en el sexto año en el banco y había cumplido cada una de las tareas o los trabajos encomendados de forma voluntaria y realmente con un éxito

nada despreciable. Tenía la desagradable sensación de haber sido explotado y que mi disposición para cualquier trabajo más bien me había perjudicado y no beneficiado. Varias conversaciones que tuve con Thiel referente a este punto terminaban siempre en que me prometía ver el asunto más adelante. Al final logré, a pesar de todo, un aumento de sueldo, aunque pequeño, en el transcurso del año 1919, y forzar determinadas garantías con respecto a mi futuro en el banco.

Georg Schütte, el socio principal de la empresa Schütte, Bünemann & Co., y su socio Thiermann, vinieron a Medellín para encontrarse allí con su representante Borné y conversar sobre el reordenamiento de sus negocios en Colombia. Borné quería retirarse de su cargo para dedicarse a sus propios negocios. Otto Barth, que había representado a la empresa en Medellín, también renunció a su puesto para asociarse con Borné. Asimismo, Stapf había decidido independizarse como representante. Por lo tanto, la empresa necesitaba un nuevo representante para Medellín. A petición mía, Borné me propuso para el cargo.

Schütte estuvo de acuerdo con esto. Me ofreció un gran sueldo inicial de cinco mil pesos<sup>5</sup>, más una participación en las ganancias, pero con una condición: no quería que abandonara simplemente el banco. Deseaba que le diera la posibilidad al presidente del Consejo de Supervisión en Bremen, Adolf Held, de manifestarse al respecto, es decir, hacerme una oferta en caso de que le diera importancia al hecho de retenerme en el banco. No estuve de acuerdo con esto en el primer momento, pues era de la opinión que le había concedido suficiente tiempo de reconocer mi trabajo para otorgarme un sueldo adecuado. No me agradaba dirigirme en esta cuestión al señor Held, ya que este, a pesar de que sabía de mi existencia, no se había ocupado nunca de mí. Prometí hablar del asunto inmediatamente con Thiel. Hartmann estaba aún en Alemania o en viaje de regreso desde allí.

Esa misma noche visité a Thiel en su casa y le dije que dejaría el banco y aceptaría el puesto en Schütte, Bünemann & Co. Le señalé, no por primera vez, que de ninguna manera estaba satisfecho con el trato que se me había dado y por eso me quería buscar un ámbito laboral en el cual pudiera esperar un poco más de reconocimiento a mis actividades.

Thiel se alteró mucho, habló con mucho enojo de Schütte y Borné, y me exigió olvidarme del asunto con la promesa de representar debidamente mis pretensiones en ocasión de su próximo viaje a Bremen. Le contesté que lamentablemente no estaba en condiciones de esperar tanto. No deseaba dejar pasar una oportunidad que me parecía ventajosa.

---

<sup>5</sup> Probablemente sueldo anual.

En vista de mi posición, Thiel me propuso escribirle a Held y solicitarle su opinión por cable. Estuve de acuerdo con su propuesta, pues sabía que Schütte lo aprobaría. Además, el cable de Held llegaría antes de la partida de Schütte.

Thiel escribió enseguida su carta, la cual me mostró antes del envío. En consonancia conmigo formuló a Held tres preguntas:

1. Si mi sueldo se podía aumentar de inmediato a ciento setenta y cinco pesos mensuales.
2. Si el Consejo de Supervisión de Bremen me garantizaba que en caso de la fundación de una nueva sucursal se me otorgaría la dirección de la misma.
3. Si el Consejo de Bremen me garantizaba que en caso de renuncia de Thiel o Hartmann se me ascendería al puesto del renunciante.

A la brevedad llegó el cable de Bremen, en que se aceptaban los tres puntos. Schütte estuvo conforme con esto, pues dijo que para él también era una tranquilidad saberme en el banco, en el cual tenía gran interés. Referente al puesto de representante que debía ser ocupado, había escuchado que yo tenía un hermano en Guatemala que quería venir con gusto a Colombia. Si yo lo consideraba idóneo para el puesto, él lo emplearía sin dudar, aunque con un sueldo algo más reducido que el que me habían ofrecido. Pero el mismo seguía siendo bueno y mayor a lo que yo ganaba en el banco después del aumento. Le mandé un cable con la propuesta a Franz, que la aceptó y empezó a mediados de 1920 en el cargo.

A pesar de no estar descontento con el desenlace de la cuestión, envidiaba un poco a Franz por su futuro cargo, que en aquel entonces parecía más promisorio que el mío. Aparte de la actividad de representante, comprendía también la administración de una hacienda ganadera que había sido fundada por la empresa Schütte, Bünemann & Co. y la empresa colombiana Juan N. Arias F. & Cía., en Fredonia, de forma conjunta con Nare, junto al río Magdalena, en apariencia un emprendimiento prometedor. El viaje de reconocimiento para comprar los campos pertinentes lo había hecho junto con los involucrados y tuve la impresión de que el asunto presentaba posibilidades ventajosas.

Nare, un pequeño y miserable pueblo pesquero, estaba ubicado en el margen izquierdo del Magdalena entre Puerto Berrío y La Dorada, al sur de la desembocadura del río Nare en el Magdalena. Los campos que se comprarían se extendían río arriba del Magdalena y del río Nare. Durante tres días lo exploramos a pie, a caballo y en canoa. Solo una pequeña parte había sido desmontada y poseía buenos pastos con hermoso ganado. El resto era selva virgen. La permanencia allí no era agradable. Los gigantescos árboles dejaban pasar poca luz y todo estaba inundado de olor a putrefacción. A diferencia de los bosques menos antiguos, se podía recorrer sin mayor dificultad, pues la escasa luz del sol no dejaba crecer a la maleza de poca altura. Solo la palma de tagua

se había propagado bastante. Los rastros de animales eran frecuentes, aunque no vimos ninguno, excepto una familia de monos, donde la madre llevaba a su hijo más pequeño en el lomo, algunos caimanes y muchos pájaros. Pero encontramos con frecuencia muchas huellas. En los ríos abundaban los peces. A pesar de que la población de Nare dependía, en gran parte, de la pesca para su sustento, los peces no eran esquivos en absoluto. Si se tiraba una mazorca de maíz al agua, se amontonaban velozmente docenas de peces grandes alrededor de ella. El suelo era muy fértil. En distintos lugares pudimos constatar que la capa de humus tenía varios metros de profundidad.

Antes de la construcción del ferrocarril de Puerto Berrío a Medellín, Nare había poseído cierta importancia. Era el punto de partida del viejo camino a caballo y de animales de carga a Medellín. Pero ese camino había quedado, mientras tanto, cubierto por la selva; incluso una parte del pueblo de Nare había vuelto a ser víctima de esta. Encontramos allí aún algunas viejas cajas fuertes oxidadas y los restos de fogatas.

Para el regreso a Puerto Berrío habíamos contado con un barco a vapor. A la mañana de nuestra partida la gente del pueblo nos trajo la noticia de que el río había descendido tanto de nivel durante la noche, que probablemente el barco había anclado en algún lugar para no correr peligro de atascarse en uno de los muchos bancos de arena. Esperamos hasta la siesta. Como hasta ese momento aún no había venido ningún barco, intentamos contratar dos remeros con una canoa para volver con ellos río abajo a Puerto Berrío. Ofrecimos buena paga, pero el dinero no tenía ningún valor para estas personas felices y mostraron pocas ganas de hacer el viaje. Entonces Luciano Arias tuvo la buena idea de describir a esta gente la noche tan divertida que podrían pasar en Puerto Berrío con este dinero y de esa manera dos muchachos fuertes y altos se mostraron dispuestos a hacer el viaje con nosotros. Necesitábamos una canoa grande, pues con los dos remeros éramos diez personas. Finalmente estuvimos listos para partir y salimos entre las tres y cuatro de la tarde.

El viaje en canoa no ofrece comodidades. Como no había asientos, pretendimos sentarnos en nuestros bolsos de mano, lo cual no fue permitido por los remeros y nos dimos cuenta enseguida de que tenían razón, las Canoas no tienen quilla. Debíamos sentarnos en el piso para trasladar nuestro peso tanto como fuera posible hacia abajo, pero incluso así debíamos evitar cualquier movimiento brusco para no volcar. Las Canoas que tenían especial predisposición a tumbarse se llamaban *celosas*, lo que en realidad significa ‘tener celos de alguien’.

Apenas alcanzamos la corriente viajamos bastante rápido, lo que produjo, incluso, una suave brisa. La misma, y los cigarros, confeccionados en el pueblo,

que habíamos comprado nos ayudaron a mantener a raya los mosquitos. A excepción de la incomodidad del asiento, el viaje fue hermoso y muy interesante. Pero uno apenas podía moverse, incluso cuando solo modificaba la postura de las piernas, recibía una mirada de advertencia o reproche de uno de nuestros remeros. Estos no tenían otra cosa que hacer, excepto guiar la canoa.

Debido a eso nos deslizábamos casi siempre en completo silencio río abajo. En los bancos de arena que encontrábamos al pasar, con frecuencia sorprendíamos a caimanes. A menudo nos acercábamos peligrosamente a ellos. Al instante de vernos se tiraban al agua, y después de cierto tiempo tuvimos la impresión de que albergaban, aparentemente por lo menos, el mismo gran temor a nuestra presencia como nosotros a la de ellos. En todo caso nunca registramos que hicieran algún intento de acercarse a nosotros, escapaban lo más rápido posible. En cuanto a otros animales, solo vimos peces y pájaros, en especial garzas, que podían pescar muy bien debido a los bajos niveles de agua.

Poco antes de la puesta del sol nos pasó repentinamente el barco de vapor al que habíamos esperado en Nare y se suscitó el interrogante de qué hacer ahora. Luciano Arias era el que menos había disfrutado del viaje en canoa y opinó que debíamos detener el vapor para que nos llevara. Pero nuestros dos remeros nos advirtieron que correríamos peligro si el barco no se avenía a parar para llevarnos. Para respetar ambas posiciones se decidió remar con todas las fuerzas hasta alcanzar un lugar en la orilla por el cual el barco tenía que pasar casi seguro bien cerca, llamar su atención desde la canoa y convencer a los tripulantes de que se detuvieran. ¡Dicho y hecho! El vapor pasó bien cerca nuestro, pero no nos prestó la menor atención, sino que pasó a toda velocidad. Luciano Arias se enojó, lo cual no le sirvió de nada. Tuvimos que seguir en la canoa y llegamos después de un viaje de seis horas, entre las nueve y las diez de la noche, sin contratiempos a Puerto Berrío. Aparte del pago convenido, nuestros dos eficaces remeros recibieron una respetable propina, de manera que estaban en condiciones de hacerse llevar de regreso por un barco de vapor a Nare. Pero en el caso de que hubieran preferido gastar el dinero en Puerto Berrío no les quedaba otra alternativa que regresar con ayuda de estacas por la orilla, lo que les llevaría por lo menos dos días. Remar contra la corriente era imposible. Pasamos la noche en Puerto Berrío, donde se estaba construyendo un hotel nuevo y moderno, y regresamos a la mañana siguiente con el tren a Medellín.



Hotel en Puerto Berrío